

Reproducción

Tomo II, Nos. 39 y 40.— 5 de Setiembre de 1920

Director:

Eliás Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 230

SUMARIO

- | | | |
|----|------------------------------------|--------------|
| 1. | <i>Universidades francesas....</i> | R. G. MENNER |
| 2. | <i>Una carta de Jaurés.....</i> | |
| 3. | <i>De una carta del Dr. R. D.</i> | |
| 4. | <i>La Corte Suprema.....</i> | B. HARRISON |
| 5. | <i>¿Semi-metales?</i> | E. J. R. |
| 6. | <i>Pensamientos.....</i> | |
| 7. | <i>Miscelánea.....</i> | E. J. R. |

Administración:

Botica de La Dolorosa.

Imprenta Trejos Hnos.

Los soldados norteamericanos en las universidades francesas.

Algunas de las impresiones de Robert G. Menner

(Selección de E. J. R.)

Los franceses sabían que estudiábamos poco, pero notaban que observábamos mucho. Los norteamericanos que conocían el francés y aun algunos que lo ignoraban, establecieron inmediatamente comparaciones y formaron su juicio acerca de las universidades francesas como institutos de educación. Lo primero que el estudiante norteamericano observó fué la completa ausencia de lo que estábamos acostumbrados a llamar vida estudiantil: nada de dormitorios, ni clubs, ni revistas, ni periódicos, ni concursos de atletismo. Es evidente a primera vista que la universidad francesa es un instituto de enseñanza y nada más. El concepto norteamericano

del colegio no tiene equivalente alguno en el sistema francés de educación. La universidad se compone solamente de escuelas profesionales: escuela de letras, escuela de ciencias, escuela de medicina y algunas otras. Por lo común, cuando el estudiante va a la universidad, ha completado ya los estudios de índole general en el liceo. Elige una escuela particular de la universidad sólo como medio de seguir una carrera. Un profesor de ciencias manifestó su sorpresa ante el hecho de que la mayor parte de los norteamericanos, que tienen fama de interesarse especialmente en asuntos científicos, se inscribieran en la escuela de letras. La razón era, probablemente, que la escuela de letras ofrecía mayor variedad de estudios, y, por lo tanto, algo que se asemejaba más a la cultura general que un norteamericano considera el objeto de la educación universitaria. Pero ni aun allí los estudios son propiamente liberales, puesto que están destinados sobre todo a los que se proponen seguir la carrera de la enseñanza.

El hecho de que la universidad francesa es una colección de escuelas profesionales, explica la gravedad de los

estudiantes. Explica en cierto modo lo que al estudiante norteamericano se le antoja pobreza del programa de estudios; siendo en esto, como siempre, una excepción la Sorbona. La profusión de cursos enumerados en el catálogo de nuestras mejores universidades asombraría y desconcertaría al estudiante francés. Le parecería absurdo estudiar al mismo tiempo psicología elevada, altas matemáticas, literatura inglesa y antropología. En las universidades norteamericanas se cuentan a menudo unos veinte cursos de literatura inglesa; en las universidades francesas, no hay, ordinariamente, más de tres o cuatro cursos de literatura francesa. Además, estando todas las universidades francesas bajo la dirección del departamento de instrucción del gobierno, estos cursos son casi los mismos en toda universidad de Francia. Los profesores, de los cuales sólo uno o dos figuran en el departamento de instrucción, están obligados a preparar a sus alumnos para un examen severo, cuyos asuntos son ciertos monumentos literarios escogidos cada año por las autoridades oficiales. En los Estados Unidos, una vez establecido

un curso, puede continuar sin modificación indefinidamente. El cambio completo del programa universitario en Francia cada año, explica en cierto modo la aparente falta de variedad de los cursos.

El escaso número de estudios que se siguen en una universidad francesa parece al norteamericano una limitación expresa. El francés interpretaría quizá de otro modo esta diferencia entre las altas instituciones de enseñanza en los dos países: se inclinaría a pensar que los norteamericanos prefieren, en su manera característica, la cantidad a la calidad. Los estudiantes norteamericanos que tuvieron ocasión de apreciar la índole de la instrucción que imparten las universidades francesas admitirán tal vez que este criterio es justificado hasta cierto punto. *La calidad de la enseñanza en las universidades francesas es probablemente superior, por término medio, a la nuestra.* Y esto no se debe a que no tengamos tan buenos maestros y profesores como los que se encuentran en Francia; sino a que Francia no tiene tantos institutores y profesores mediocres como se encuentran en los Estados Unidos. El profesor de una universidad

francesa—y debe tenerse presente que muy pocos de los institutores no son profesores—es antes que todo un sabio cuyos méritos en el campo de la investigación son incuestionables, un maestro que ha adquirido larga práctica en el liceo, y, finalmente, un conferenciante cuyo lenguaje es modelo de belleza literaria. La competencia por las cátedras profesionales es viva; pocos resultan elegidos, y precisamente por ser pocos, esos profesores de las universidades francesas son invariablemente hombres de distinción y autoridad.

Las tentativas de reorganización en varias de nuestras principales universidades han estado acompañadas por el reclamo de mejor enseñanza. No echamos de ver en ocasiones que las huestes de jóvenes institutores y ayudantes de saber dudoso y de competencia más dudosa aún como maestros, es el precio que pagamos por el empeño de ofrecer cursos altamente especializados sobre cuanta materia existe en el mundo, en todas las universidades. Probablemente no estamos dispuestos a sacrificar esta infinita variedad, ni el sistema de enseñanza en que la conferencia formal que-

da sustituida por clases menores donde reina contacto más íntimo entre el discípulo y el maestro. Pero debe observarse que en las universidades francesas nunca pueden hacer carrera los profesores incompetentes, por la sencilla razón de que las universidades prefieren que pocos profesores enseñen pocas materias a clases numerosas, y no que toda clase de maestros enseñen muchas materias a clases compuestas de pocos alumnos.

Los soldados americanos quedaron impresionados por la atmósfera de circunspección que reina en las salas de clase francesas. Cuando entra el profesor, los alumnos se levantan en masa y permanecen de pie respetuosamente hasta que toma asiento. En cuanto al profesor norteamericano, puede vérselo en ocasiones escribiendo notas apresuradamente en el encerado, mientras los alumnos entran uno a uno. Nunca se preocupa de parecer majestuoso. El profesor francés, por otra parte, parece que nunca olvidara del todo que lleva encima el manto de la autoridad académica. Y lo que sucede con los profesores puede aplicarse también a los estudiantes. Los norteamericanos admiran a sus ins-

titutores como hombres y como maestros. Los estudiantes franceses tienen innato y profundo respeto por el profesor como tipo, como representante de la ciencia y de la sabiduría: actitud que es sólo reflejo del respeto general por el saber y por la eminencia académica en el pueblo francés de todas las clases, lo cual conduce más bien a un sentimiento de reserva que a familiaridad alguna entre estudiantes y maestros. Y en realidad, cuando los estudiantes expresan sus propias opiniones, lo que no ocurre con frecuencia, presentan sus observaciones en forma de tema elaborado, que es una discusión en miniatura del asunto, tan formal y completa y expuesta en francés tan impecable como las lecciones del profesor mismo.

La circunspección de las formas es así solamente el reflejo de cierto formalismo en el método de enseñanza. Esto tiene su lado bueno y su lado malo. El instructor de un colegio norteamericano experimenta a menudo tanta satisfacción al descubrir que un estudiante piensa por su propia cuenta, que tolera sus opiniones sin hacerlas pasar por una crítica demasiado severa. El profesor francés

está interesado únicamente en inculcar ideas adecuadas acerca de un asunto particular. El profesor norteamericano se interesa en provocar ideas en sus alumnos, ya verdaderas o falsas; y es muy posible que sean tanto de una clase como de la otra. Recuerdo haber oído a un profesor de literatura francesa que aconsejaba a los alumnos, que se preparaban para obtener el grado, no introducir conceptos nuevos de su cosecha, los cuales daba por supuesto que serían prematuros para exponerlos; y que limitarían más bien su observación a lo que habían aprendido en las conferencias y consagrarán especialmente su esfuerzo a la forma literaria de sus ejercicios. Un institutor norteamericano apenas habría deseado, y de seguro jamás habría aconsejado públicamente, supresión tan completa de la personalidad del estudiante. El sistema de las universidades norteamericanas tiende al desarrollo del individuo, y este concepto del propósito de la educación se aplica con frecuencia aun al aprendizaje profesional. El sistema de las universidades francesas, que es manifiestamente profesional, concentra todos sus esfuerzos en la pureza de

la doctrina. Presume que el desarrollo intelectual del individuo es completo: presunción a que apenas corresponde la falta de madurez de muchos de los estudiantes.

*
* *

En Francia se han combinado con frecuencia el espíritu conservador extremado y la excesiva modestia para impedir que los extranjeros obtengan un conocimiento íntimo del carácter de la sociedad francesa. En los días anteriores a la guerra, los extranjeros sentían algo de este mismo espíritu en las universidades francesas. Debe recordarse que los franceses no son ni propagandistas como los alemanes ni anunciadores como nosotros. A veces *parecen poseer verdadera disposición para ocultar sus virtudes y hacer inaccesibles las fuentes de su sabiduría.*

*
* *

La comprensión internacional, en el sentido más amplio de la palabra, reclama algo más que la admiración por las hazañas de un pueblo o la apreciación de su arte: requiere profundo estudio

del pueblo mismo. La experiencia del ejército norteamericano en Francia demuestra el hecho de que tal conocimiento no puede adquirirse asociando a muchos individuos en una causa común. Debe comenzar por lo menos por los hombres de educación y cultura.

(De *Inter-América*.)

Si se estudia Mitología griega, ¿cómo pretender hacer a un lado el estudio del Cristianismo?

Sólo son libres para no ser cristianos los que están bien capacitados para serlo.

Hay que aprender el catecismo: para seguirlo o para combatirlo.

En la misma Costa-Rica, el fenómeno es indiscutible: la superstición en la juventud ha venido creciendo a medida que la enseñanza religiosa se ha hecho más superficial.

Una carta de Jaurés

de cuya autenticidad no respondemos, pero que podríamos firmar otros quincuagenarios positivistas contemporáneos del ilustre francés.

«Querido hijo: Me pides un billete que te exima de cursar la religión, para parecer digno hijo de un hombre sin convicciones religiosas. Este billete, querido

hijo, no te lo envió ni te lo enviaré jamás.

«No es porque deseo que seas clerical, a pesar de que no hay en esto ningún peligro, ni lo hay tampoco en que profeses las ideas que te expondrá tu profesor. Cuando tengas la edad suficiente para juzgar, serás completamente libre; pero tengo empeño decidido en que tu instrucción y educación sean completas.

«Te parecerá extraño este lenguaje después de haber oído tan bellas declaraciones sobre esta cuestión: son, hijo mío, declaraciones buenas para que arrastren a los hijos de los demás, pero que están en pugna con el más elemental buen sentido.

«He dicho que quería que tu instrucción fuese completa, ¿cómo lo sería sin un conocimiento suficiente de las cuestiones religiosas sobre lo que todo el mundo discute?

«¿Quisieras tú, por ignorancia voluntaria, no poder decir una palabra sobre este asunto, sin exponerte a soltar un disparate?

«Pero dejemos a un lado la política y las discusiones y veamos lo que se refiere a los conocimientos indispensables

a un hombre de cierta posición. Estudias Mitología para comprender la historia y la civilización de los griegos y romanos, y ¿qué comprenderás de la historia de Europa y del mundo entero después de Jesucristo, sin conocer la religión que cambió la faz del mundo y produjo una nueva civilización?

«En el arte, ¿qué serán para tí las obras maestras de la Edad Media y de los tiempos modernos, si no conoces el motivo que las ha inspirado y las ideas religiosas que contienen? En las letras, ¿puedes dejar de conocer a Bossuet, Fenelon, Lacordaire, DeMaistre, Veuillot y tantos otros que se ocuparon exclusivamente en cuestiones religiosas, sino también a Corneille, Racine, Hugo, en una palabra, a todos estos grandes maestros que deben al cristianismo sus más bellas inspiraciones?

«Si se trata de Derecho, de Filosofía o de Moral, ¿puedes ignorar la expresión más clara del Derecho natural, la Filosofía más entendida, la Moral más sabia y más universal?—este es pensamiento de J. J. Rousseau.—Hasta en las ciencias naturales y matemáticas encontrarás la religión: Pascal y Newton eran

cristianos fervientes; Ampère era piadoso; Pasteur probaba la existencia de Dios y decía haber recobrado por la ciencia la fe de un bretón; Flammarion se entrega a fantasías teológicas. ¿Querrás tú condenarte a saltar páginas en todas tus lecturas y en tus estudios?

«Hay que confesarlo: la religión está íntimamente unida a todas las manifestaciones de la inteligencia humana.

«Y ya que he hablado de educación: para ser un joven bien educado ¿es preciso conocer y practicar las leyes de la Iglesia? No te diré más que lo siguiente: nada hay que reprochar a los que las practican fielmente, y con demasiada frecuencia hay que llorar por los que no las toman en cuenta. Pero no fijándome más que en la necesidad de conocer las convicciones y los sentimientos de las personas religiosas, si no estamos obligados a imitarlas, debemos por lo menos comprenderlas, a fin de guardarles el respeto, la consideración y la tolerancia que les son debidos.

«Nadie será jamás delicado, fino, ni siquiera presentable, sin nociones religiosas.

«Querido hijo: convéncete de lo que

te digo: muchos tienen interés en que los demás desconozcan la religión, pero todo el mundo desea conocerla. En cuanto a la tan cacareada libertad de conciencia y otras cosas análogas, no es más que vana palabrería que rechazan, de consuno, los hechos y el sentido común. Muchos anticatólicos conocen, por lo menos medianamente, la religión; otros han recibido educación religiosa; su conducta prueba que han conservado toda su libertad. Y, además, no es preciso ser un genio para comprender que SÓLO SON LIBRES PARA NO SER CRISTIANOS LOS QUE TIENEN FACULTAD PARA SERLO, pues en caso contrario, la ignorancia les obliga a la irreligión.

«Esta carta te sorprenderá; estoy persuadido de ello; pero es necesario, hijo mío, que un padre diga siempre la verdad a sus hijos.

«Recibe, querido hijo, etc.»

Fragmento de una carta

(Cleveland, Ohio, Julio 13 de 1920).

Se trata de unos fenómenos en relación con la glándula tiroides, resumidos en una revista por J. Loeb. El resumen de los trabajos es como sigue:

1.—Experimentos de Gudernatsch, quien logró inducir la metamorfosis en el renacuajo, alimentándolo con glándula tiroides. Logró producir ranas perfectas de 1 cm. de longitud. La especie animal que suministra la glándula es indiferente, y la metamorfosis comienza inmediatamente.

2.—El renacuajo privado de gl. tiroides es incapaz de transformarse en rana. (Experimentos de Allen.)

3.—El axolotl, anfibio mexicano, que no sufre normalmente una metamorfosis completa, fué inducido a completarla bajo la influencia de la tiroides. (El autor no es mencionado.)

4.—Swingle, alimentando renacuajos

con huellas de un compuesto orgánico iodado, produjo la metamorfosis.

5.—Finalmente, el período de la metamorfosis es alargado indefinidamente o acelerado en ciertos límites, con el descenso o el aumento de la temperatura ambiente, respectivamente, en una proporción *completamente comparable a la de las combinaciones químicas*.

Y luégo el autor concluye:

«The duration of the tadpole stage seems to be the time required to store the necessary amount of certain compounds, one of which contains iodine.»

La parte más importante de la «review» trata de la longitud de la vida y da cuenta de los experimentos hechos en larvas de mosca, según los cuales, larvas criadas asépticamente (y fué demostrado anteriormente que era posible el desarrollo de las larvas en estas condiciones, y en alguna ocasión pudieron obtenerse hasta 53 generaciones asépticas, es decir, sin microbios en el tubo digestivo) morían al llegar a cierta edad, como las infectadas, con lo cual podía excluirse el factor de la intoxicación intestinal de que hablaba Metchnikoff, y que la longitud de la vida se alargaba con el

descenso de la temperatura (el doble, en días, con un descenso de 10^o), y lo mismo el período de las metamorfosis.

Loeb concluye que la vida es el tiempo requerido por una combinación química, o serie de combinaciones, al completarse la cual, o las cuales, la muerte sobreviene. Hace recordar cómo la muerte está esencialmente caracterizada por la auto-digestión de los tejidos, producida por un fermento que obra bajo la influencia de una cierta acidez, de una manera enteramente comparable, si no idéntica, a la digestión estomacal, y que esta auto-digestión no es posible durante la vida porque la acidez requerida para la reacción es controlada continuamente por la circulación y los cambios respiratorios. Tan pronto como la circulación o la respiración se detienen, la autólisis comienza, es decir, la muerte.

Pero dejando a un lado estas consideraciones, volvamos a la gl. tiroides, mucho más interesante.

Las súbitas metamorfosis de insectos y anfibios habían sido siempre misteriosas para el biólogo. Ahora pueden considerarse como fenómenos críticos, en el

sentido de los químicos, y reproducirse a voluntad. Es cierto que hasta ahora no ha sido posible provocar la metamorfosis de las larvas de insectos (de mosca, al menos) con tiroides, pero esto no invalida el experimento mil veces repetido en el renacuajo. Lo que a mí me llama poderosamente la atención es la analogía de ciertos fenómenos críticos del hombre, como la pubertad, con las metamorfosis en cuestión, y el análogo papel de la glándula tiroides. ¿Qué se vuelven entonces, el papel de la autointoxicación y el valor antitóxico de la glándula tantas veces mencionada? ¿Vamos a decir que el cerebro funciona mal en el cretino mixedematoso, y que sus caracteres sexuales secundarios no se desarrollan, porque la tiroides no desintoxica estos órganos? ¿o vamos, en cambio, a decir que estos órganos no funcionan porque les falta el estímulo de la secreción tiroidiana? Al interpretar la hipertrofia de la glándula hacia la pubertad, tan notable en la mujer sobre todo, ¿diremos que aumenta de tamaño por las necesidades que le impone la «entrada en escena» del ovario, de la sexualidad en suma; o diremos, como

parece indicarlo la moderna experimentación, que la sexualidad ha ocurrido por el funcionamiento de la tiroides?

Es decir, que esta glándula pasa, de un papel secundario, de des-intoxicación, a ocupar un lugar preeminente, de estimulación.

Me parece que estos experimentos arrojan luz sobre los fenómenos de la menstruación. Aquí hay fenómenos súbitos, críticos, con transformaciones considerables de la mucosa uterina y otros que no es necesario enumerar. Podemos suponer que el ovario desempeña con respecto a ellos un papel semejante al de la tiroides en las otras metamorfosis.

De un modo parecido, otro órgano (¿corpus luteum?) desempeñaría papel semejante en las transformaciones de la preñez, y otro (¿placenta?) en la secreción láctea.

Pero es mejor no divagar.

Le he escrito todo esto porque tenemos pendiente una discusión sobre el valor de la sexualidad, y todos estos experimentos están íntimamente relacionados con él.

¿Recuerda Ud. los planes que tenía

antes de venir aquí? La limitación que tenía en la cabeza, es imposible, porque encarna una especialización múltiple; es decir, el diagnóstico radiológico no tiene valor sino hecho por un individuo particularmente entrenado; el diagnóstico cistoscópico (con separación de las orinas para la localización renal) es de igual delicadeza; el diagnóstico patológico, lo mismo; total, que los diversos medios de que se vale la medicina contemporánea son de un individualismo muy grande, quiero decir, que en ellos el coeficiente personal juega el principal papel. De manera que para reunir en un mismo individuo estas diversas especialidades, hay que hacer exactamente lo opuesto de la limitación. Entonces decidí lo que las circunstancias me indicaban: excelentes oportunidades en Anatomía Patológica, y mi ignorancia en este ramo. La Anatomía Patológica es el verdadero laboratorio de la Medicina, y tiene, cuando menos, la enorme ventaja de cortarle a la clínica la quimera. La juventud actual, entusiasmada con la voga todavía creciente de la cirugía, y el lucro que la acompaña, desierta los laboratorios. Pero la ventaja principal

está en el porvenir de esta ciencia: como morfología pura ha muerto (quiero decir, está estancada), pero conduce a la «Medicina experimental». No puede haberse inventado un nombre mejor, y reúne en sí, lógica e inevitablemente, la fisiología normal y patológica, la bacteriología, la serología e inmunología, la morfología normal y patológica. Es, en suma, la biología.

Una pregunta suelta: Pasada la guerra y descubiertos los instintos bélicos, ¿puede repetirse la frase de Ramsay a propósito de la Ciencia Alemana? (*)

R. D.

(*) Pienso que el ilustrado autor de la carta alude a la frase citada en uno de los primeros números de REPRODUCCION (Serie 1.ª, junio de 1915):

«La restricción de la acción de la ciencia alemana no tendría más efecto que libertar al mundo de un diluvio de medianías».

Entiendo que el eminente fisiólogo Loeb es de origen alemán.

E. J. R.

De la obra *Vida Constitucional de los Estados Unidos*, por Benjamin Harrison, ex-presidente de la República. Traducción de Toribio Esquivel Obregón.

La Corte Suprema

La corte suprema de los Estados Unidos, un tribunal judicial de la más alta dignidad, tan retirada como pueden estarlo los hombres del poder, de las pasiones y de los prejuicios, y colocada bajo la sanción de las más altas obligaciones que pueden imponerse a los hombres para ejercer la justicia sin temor ni favor, fué encargada de cuidar por la conservación del arca de nuestro contrato social. El poder de declarar si una ley es o no conforme a la constitución, no está limitado a las leyes de los estados, sino que incluye las leyes del congreso. Este poder debe ser ejercido por algún cuerpo o tribunal, si la «suprema ley» ha de ser suprema.

Una ley inconstitucional del congreso

La primera decisión de la corte suprema declarando que una ley era inconstitucional se dictó en 1803 (Marbury versus Madison, 1 Cranch, 137). La sentencia fué redactada por Marshall. En el curso de ella dice: «Así pues, si una ley es opuesta a la constitución; si tanto la ley como la constitución se aplican a un caso particular, de modo que la corte tiene que decidir ese caso conforme a la ley haciendo a un lado la constitución o conforme a la constitución haciendo a un lado la ley, la corte tiene que decidir cuál de estas reglas opuestas debe regir el caso». Nada puede agregarse a estas luminosas palabras. Tenemos una ley suprema y una ley inferior. Cuando ambas se aplican a un caso judicial, la ley suprema debe prevalecer: es la ley del caso, y los tribunales deben seguir los dictados de la ley. La manera como se ejerce esta alta facultad tiende a hacerla más efectiva y a evitar fricciones que de otro modo habrían existido. No se traen las leyes del congreso y las

de los estados para que la corte suprema les ponga la marca «constitucional» o «inconstitucional», según el caso, y devolverlas al cuerpo legislativo. La Corte no toma en consideración las leyes hasta que se traen ante ella en un «pleito», en una controversia real entre partes. Ella no contesta cuestiones en principio, no decide casos abstractos. En 1793, Washington, perplejo ante algunas cuestiones de derecho internacional que surgieron de las vociferaciones del ministro de Francia, propuso a la corte suprema veintinueve cuestiones: si Francia tenía derecho de reparar sus navíos de guerra en nuestros puertos, establece tribunales de presa en nuestro territorio, si buque libre hacía la mercancía libre, etc. La corte respetuosamente declinó contestar las preguntas, sosteniendo que solamente podía dar opiniones en casos que debidamente fueran traídos ante ella. En algunos estados hay la prevención que permite someter cuestiones abstractas a sus tribunales. En la crisis que ocurrió en el estado de Maine, bajo el Gobernador Garcelon, se usó ese método de obtener una opinión judicial con buen resultado, pero en general es

mejor que las cuestiones que requieran una determinación judicial sean traídas ante las cortes en juicios sostenidos por las partes interesadas.

Estimación de Washington por la Corte Suprema

Washington ha dejado el recuerdo de muchas expresiones de la estimación en que él tenía al poder judicial de la nación, como un elemento fundamental en nuestro sistema de gobierno. Ellas tienen aplicación actual.

Al entregarle su nombramiento de presidente de la corte suprema a John Jay, de Nueva York, aprovechó la ocasión de decir: «Me da especial placer dirigirme a vos como a la cabeza de ese gran departamento, que debe ser considerado como la clave de nuestro edificio político».

Y escribía a James Wilson: «Considerando el sistema judicial como el principal pilar sobre el cual nuestro gobierno debe descansar, creí de mi deber nombrar para los altos empleos en ese departamento a aquellos hombres que yo consideraba darían lustre a nuestro carácter nacional».

Estas expresiones de Washington son memorables y deberían ser meditadas por aquellos que se inclinan a degradar al poder judicial y por aquellos que quisieran destruir la independencia de la corte suprema con amenazas de reconstruirla cuando sus ideas en asuntos constitucionales no encuentran eco en ese tribunal.



Conversación

De uno de nuestros Redactores con don Elías Jiménez Rojas, a propósito de asuntos petroleros.

—¿Se puede hoy hablar de *semi-metales*?

—De ningún modo. El químico clasifica los cuerpos simples en dos grupos distintos, sin términos medios entre los del uno y los del otro: 1. *Metales* o elementos catódicos. 2. *Metaloides* o elementos anódicos.

El criterio de clasificación es exclusivamente electrolítico; para nada se toma en cuenta el aspecto físico del ele-

mento. Así, el hidrógeno—gas incoloro, inodoro y el más ligero de los conocidos—, es un metal.

—¿A qué cuerpos se pudo llamar semi-metales en otro tiempo?

—Cuando el hierro, el cobre, la plata y el oro eran los *tipos* de los metales, y el adjetivo *metálico* se aplicaba sobre todo a la apariencia física de estos tipos, considerados en forma de barras, alambres o láminas, se pudo llamar semi-metales a los cuerpos que ofrecen esta apariencia, pero sin poseer las propiedades químicas de dichos tipos. También pudieron ser denominados semi-metales los cuerpos que, poseyendo las propiedades químicas de los tipos, no presentan sin embargo la apariencia llamada metálica.

Otras veces, las expresiones *semi-metal* y *semi-metálico* fueron usadas simplemente como sinónimas de *semi-mineral*.

—¿Y qué significa hoy semi-mineral?

—Nada. Para un químico, mineral es el cuerpo que no contiene carbono. Para un industrial, mineral es lo que proviene de una *mina* o lo que la constituye; y mina es todo depósito geológico explotable, sea cual fuere su naturaleza.

Así, por ejemplo, el petróleo (*aceite de piedra*) es una sustancia orgánica—no mineral—en el sentido químico de la expresión, y es mineral hablando en términos industriales.

—Entonces ¿qué ha querido expresarse antes de hoy con la palabra semi-mineral?

—Muchas cosas. Una vez oí a un químico decir que el carbonato de calcio, por ejemplo, es una sustancia semi-mineral, porque contiene carbono, pero no difiere, *para el naturalista*, del yeso o sulfato de calcio, etc. Son particularmente los geólogos, cuyo lenguaje es menos preciso que el de los químicos, quienes han usado y usan todavía las expresiones de *mineralizar*, *mineralizado*, *semi-mineralizado*, *semi-mineral*, etc.

Del tecnicismo químico, desaparecerá pronto el término *mineral*.

—Etimológicamente, ¿hay diferencia entre las palabras *metal* y *mineral*?

—Para mí, ninguna. Me he remontado hasta el celta y he encontrado una misma raíz para las dos palabras.

—Pasando a otro punto, ¿puede llamarse o ha sido llamado alguna vez, *jugó de la tierra* el petróleo?

—No creo que se haya incurrido jamás en semejante disparate. En todas las lenguas, en todos los libros que he leído, el término *jugo* (succus, jus) significa: líquido acuoso que lleva lo más provechoso o importante de un animal o de una planta (jugo gástrico, jugo de la uva, etc.), y se aplica, por extensión, a todo lo que se puede sacar útilmente de una cosa. Asimismo, *jugo de la tierra* significa: líquido acuoso que lleva lo mejor que la tierra ofrece a los animales o a las plantas que directamente viven de ella.

Hay algunos geólogos—si los hay todavía—que atribuyen al petróleo un origen orgánico. Estirando un poco los términos, ellos podrían quizá decir que el petróleo es un jugo vegetal o animal; pero nunca que es un jugo de la tierra, puesto que no sirve directamente a la vida de las plantas.

—Ura última pregunta relacionada para mí con las anteriores: ¿Piensa Ud. que el subsuelo deba pertenecer al dueño del suelo?

Error notado: En el cuaderno anterior, pág. 435, línea 3, donde dice «crespular», léase crepuscular.

— Sí, con tal de no hacer salvedades anti-científicas. Desde el punto de vista social, lo que se establezca relativamente a las minas de petróleo, debe sostenerse igualmente para todas las otras minas: de carbón, de oro, de mercurio, de plata, etc.

De *La Verdad*, 13 de agosto de 1920.

Pensamientos

La fe, sin ninguna luz, si esto es posible, no puede hacer sólidamente virtuoso. . . . Sostengo que a quien no entrase jamás en sí mismo—digo *jamás*—su pretendida fe le sería enteramente inútil: porque el VERBO no se ha hecho visible sino para hacer inteligible la verdad. La RAZÓN no se ha encarnado sino para conducir los hombres, por los sentidos, a la razón: y quien hiciera y sufriera lo que hizo y sufrió Jesu-Cristo, no sería RAZONABLE NI CRISTIANO si no lo hiciera en el espíritu de Jesús, espíritu de orden y de RAZÓN. . . . Hay personas piadosas que prueban por razón que se debe renunciar a la razón; que no es la

luz, sino la FE sola, quien ha de conducirnos, y que la obediencia ciega es la primera virtud de los cristianos. La pereza de los inferiores y su espíritu adulator se avienen a menudo a esta pretendida virtud, de la cual está siempre muy contento el orgullo de los que mandan.

MALEBRANCHE

La filosofía, es el culto de la razón. Un filósofo es un hombre que persiste en la razón y que, antes que abandonarla, se mantiene en la duda. Es religioso estrecho quien, para librarse de la duda, abandona la razón y se precipita a los pies de una autoridad exterior que le enseña las verdades primitivas y ocultas.

HENRI DE VIEIL-CASTEL

Cuando el error es vulgar, hay que responderle con la verdad vulgar.

GUIZOT

Cada secta se sirve con placer de la razón mientras cree poder sacar de ella algún provecho; pero grita: *¡es artículo de fe!*, tan pronto como le falta el socorro de la razón.

LEIBNITZ

Los fanáticos comparan su opinión a la vista y al sentimiento. Sin necesidad del crepúsculo de la razón, ven ellos la luz divina como vemos nosotros la del sol a medio día. Están seguros porque están seguros; y su persuasión es cierta porque es fuerte: a esto se reduce su lenguaje figurado. . . . Es una revelación, porque lo creo fuertemente; y lo creo porque es una revelación. ¿Hay algo más propio para precipitarse en el error que tomar por guía la imaginación?

LEIBNITZ

Desde que separáis la razón de la fe, la revelación, no pudiendo ya ser probada, no prueba nada. Es preciso volver siempre al conocido axioma de San Pablo: que la fe es justificada por la razón.

DE MAISTRE

El único juez de los *deberes*, como de la *fe*, es pues, finalmente, la RAZÓN: la conciencia no viene sino en 2º lugar, no puede desarrollarse sin ella: ama lo que la razón le hace conocer como *bien*, y odia lo que hace conocer como *mal*.

LAMENNAIS

Hay verdades simples que nadie niega, que admite al momento el buen juicio, y que, no obstante, no parecen ser aceptadas sino para olvidarlas inmediatamente. Diríase que por simples son estériles; y que adoptándolas sin discusión se está dispensado de fijarse en sus consecuencias.

GUIZOT

Si no queréis escuchar la razón, ella no dejará de hacerse sentir.

FRANKLIN

Trad. E. J. R.

Miscelánea

He leído los tres primeros números del *Diario del Comercio*. Los he leído con gusto; pero descubro ya en ellos el germen de la enfermedad de que padecerá el nuevo periódico, si no se cura a tiempo.

Un diario que se llama—y así conviene que sea— «órgano de la Asociación General del Comercio de Costa Rica», puede publicar los artículos que quiera

a modo de información; pero no debe prohibir con carácter de editoriales las producciones de escritores que se contentan con ser elegantes o majestuosos, sin cuidarse de no caer en contradicción cada cinco minutos. Un hombre de negocios construye sobre el orden jurídico legítimamente establecido. **Luz** acerca de este orden, e información general **exacta**, es, en dos palabras, lo que un comerciante pide al diario de su especialidad. Si la empresa del periódico no puede suministrar lo primero, por carencia de un economista entendido, debe al menos saber limitarse a lo segundo.

*
* *

A menudo es de sabio el cambiar de opinión; pero el cambiar de opinión a menudo, no es de sabio.—No conozco al autor de esta sentencia. Se la oí una vez en italiano al Dr. Maggiorani y la recuerdo ahora con frecuencia.

*
* *

A nuestro juicio—lo repetimos incessantemente—la escuela pública estatal, de 1.^a y 2.^a enseñanza, debe saber limitarse a **INSTRUIR**, haciendo de las

LENGUAS, de las MATEMÁTICAS, de las ciencias positivas y de las bellas artes puras, su único objeto. Todo lo demás —lo relativo a la educación propiamente dicha—, debe dejarlo a los hogares, a los templos y a las diversas instituciones PRIVADAS, «de cooperación escolar».

*
**

Educar es INCULCAR UNA TEORÍA DE LA RESPONSABILIDAD: es el objeto mismo de la RELIGIÓN, si se da a esta palabra su sentido propio.

Toda filosofía—o alta generalización—conduce a una religión. Sin filosofía, no hay, pues, educación posible. Hablo de educación activa; no hablo de DOMESTICACIÓN.

Y sin instrucción no hay tampoco alta generalización posible o religión racional o para racionales.

*
**

No basta instruir, pero es indispensable instruir. Y como en esto estamos todos de acuerdo—los racionalistas cristianos y los no-cristianos—, y como sólo en ello estamos de acuerdo, debemos querer unos y otros que la escuela

estatual se limite sinceramente a la instrucción en el campo que está fuera de nuestras discusiones. Lo otro—precisamente lo más importante—, quédese todavía por hoy a nuestro inmediato y privado cuidado. Si no podemos educar personalmente a nuestros hijos, si somos tan infelices padres de familia, buscaremos a quien nos merezca confianza, ni más ni menos que una madre sin leche alquila para su niño los pechos de una nodriza.

Digo *quédese por hoy*, porque, aunque no me sea lícito hacer predicciones acerca del porvenir de la filosofía, puedo pensar en un futuro dichoso en que, resuelto el problema de la libertad, cese la anarquía moral en que vivimos y sean enteramente una misma cosa *instruir y educar*.

*
* *

Tengo un sobrino nieto que cursa el *primer grado* en una escuela oficial de San José. Habiendo oído decir que no soy creyente, trató él de «librarse de la clase de religión», pidiéndome un permiso que yo le negué, al modo de Jaurés. Ahora comienzo a arrepentir-

me. . . . y si fuera yo católico habría ya protestado contra las lecciones que se le dan, según lo que ha contado en la mesa. ¡Ya le *explicó* «la maestra» el misterio de la encarnación—repito que el chacalín es de primer grado—, y ya «le medio arrancó las orejas» a más de un compañerito «que no ponía atención»!

Así, para su iniciación, le ha tocado a mi nieto un tipo de apóstol que su abuelo no conoció. ¡Qué diferente es la influencia de un sacerdote instruído y afable! Perdí yo la fe desde hace muchísimos años, pero nunca he perdido cierto sentimiento de gratitud y de respetuoso afecto hacia todos los sacerdotes católicos que he encontrado en mi camino.

*
* *

Si es chocante el laicismo *unilateral* de nuestros «educacionistas», también lo es para mí el empeño de los católicos en que se caricature su credo en las escuelas oficiales. Si yo perteneciera a alguna iglesia, nada desearía tan ardentemente como el ver sus doctrinas completamente excluídas de la enseñanza pública a cargo del Estado.

No solamente en materia de enseñanza, en todo otro orden de asuntos —comerciales, industriales, etc.—, la limitación máxima de la acción del Estado, tiene que ser lógicamente el desiderátum de quien haya reflexionado acerca de nuestra actual ignorancia relativamente a todas las grandes cuestiones sociales.

Ser hoy estatista—hajo el rótulo de *socialismo* u otro cualquiera—es dar prueba de absoluta ceguedad o mala fe. Es someterse a la peor de las tiranías: la del número y la masa. Es consentir en estorbar el advenimiento del reino del Derecho.

Y son estatistas los que hacen de la escuela oficial un «centro de educación». Y deben resignarse entonces a que ésta refleje los errores del mayor número y de la mayor masa.

*
* *

Acuso recibo de tres folletos que he leído con mucho placer:

1.º PREPARACIÓN, utilísima historia por «Juan Calvini», admirablemente real. El Ministerio de Instrucción Pública prestaría un gran servicio al país si fa-

voreciera la difusión de esta obrita entre los jóvenes estudiantes, empleados de comercio y artesanos.

2.º LA MINIATURA, de las *Ediciones de Autores Costarricenses* que publica el profesor García Monge. Es una colección de bellos cuentos de don Ricardo Fernández Guardia. Excepción hecha de *El fantasma*, todos dichos cuentos son interesantísimos y bien compuestos.

3.º El N.º 8 de ATHENEA, tomo IV. Las páginas dedicadas a don Luis Barrantes Molina superan a los deseos de su autor. ¡Más que «distinguido» ha de parecer a los costarricenses un compatriota que vuela ya tan alto!

*
* *

¡LA DEMOCRACIA ESCOLAR! ¿Sabe el lector en qué consiste esta novedad? Consiste en pedir a los alumnos de una clase o de un colegio la resolución POR VOTACIÓN de una cuestión de horario, un punto de disciplina u otra cosa por el estilo, *a fin de que se vayan acostumbrando a la vida de ciudadanos*. ¡En la ciudad del Diablo!, agrego yo.

La tal democracia es a la vez una simpleza populachera y una involunta-

ria confesión de ignorancia. Porque la votación no cabe sino ahí donde no puede imponerse la razón o demostrarse la verdad. ¿Y hay algo en la escuela, por poco importante que parezca, que deba resolverse a la ventura, contando votos de chiquillos, sin sujeción a la ciencia?

¡Aviados estamos si la fuerza bruta del número o la masa comienza sus estragos en los propios bancos de la escuela!

* * *

El profesor de literatura dramática Brander Matthews, en un artículo de *The North American Review*, traducido al español por *Inter-América*, que tan admirablemente cumple su programa, después de probar que el público teatral norteamericano no se ha mostrado en realidad inferior a ningún otro público del mundo, ni aun al francés, que podría considerarse como *el heraldo de la cultura*, concluye con las siguientes observaciones de una verdad palmaria en todas partes: . . . «No obstante, es conveniente interrogarnos acerca de si existen razones especiales para que se suponga que el público del teatro de

los Estados Unidos se desprende de su honradez intelectual exigiendo al dramaturgo que viole la lógica de su argumento y se afane en producir una pueril conclusión de cuento de hadas. Mrs. Wharton ha expuesto una de estas razones declarando que nuestra actitud respecto del teatro es característica de «la actitud norteamericana respecto de la vida entera.» Esto implica una acusación contra todo nuestro pueblo y no sólo contra el público del teatro.

Analizar estas condiciones en un artículo sucinto nos llevaría muy lejos, demasiado lejos; es decir, fuera del teatro mismo, dentro de cuyos muros debe confinarse por ahora esta investigación. ¿Existen en el teatro norteamericano condiciones tales que afecten la sincera y fiel representación de la vida? Debo confesar que existe por lo menos una de estas condiciones, cuyas posibles consecuencias son inquietadoras. Consiste ésta en la composición del auditorio de nuestros teatros, diversa de lo que fuera hace un siglo—el mayor lapso de tiempo a que puedan extenderse mis impresiones de espectador. Creo que la edad de los espectadores de este tiempo

es considerablemente menor que la del público teatral en la época de mis entusiasmos juveniles por el teatro; y me parece también que la proporción de concurrencia femenina es mucho mayor que en aquellos lejanos días. Si este cambio se ha realizado conforme yo lo observo, y si tengo razón al afirmar que será más evidente aún en los años venideros, es muy posible que ello haya influido paulatina pero positivamente en modificar los deseos implícitos y los explícitos prejuicios del auditorio, los cuales siempre toma en cuenta el autor, más o menos inconscientemente

El agua no puede alcanzar nivel más elevado que el de sus fuentes; ni el dramaturgo puede elevarse sobre el nivel del auditorio a quien desea interesar. El dramaturgo no puede encerrarse en una torre de marfil; necesita presentarse en las plazas de mercado, donde todos puedan verle y oírle. Si se retrae de la tarea de presentar su concepción de la humanidad para hacerla inmediatamente atractiva a su auditorio, no es dramaturgo, por más talento que posea; y haría mejor en volverse a la poesía o al romance, artes con las cuales puede

dirigirse a los escogidos. El teatro es para la multitud de millares de cabezas, y el poeta dramático tiene que afrontar estas condiciones.

Si el auditorio norteamericano es más joven que el de épocas pasadas, su conocimiento del mundo no puede ser tan vasto ni su criterio tan maduro como en otro tiempo. Si la proporción femenina es mayor asimismo, el auditorio tiene que ser diferente de lo que fuera en los días en que alcanzaba el drama su expresión suprema. Las tragedias de Sófocles se representaban en el teatro de Dionisio ante los ciudadanos de Atenas; y los espectadores eran hombres más o menos maduros. Las tragedias de Shakespeare fueron escritas para el Globe Theater de Londres, donde los espectadores eran hombres en su mayor parte. Las comedias de Molière se representaban en el Théâtre Palais Royal de París, ante auditorios que incluían generalmente pocas mujeres. Es significativo observar que sólo hace cuarenta años que hayan sido admitidas mujeres en los asientos de platea del Théâtre Français.

Y hace cerca de cien años que Goethe se anticipaba a las lamentaciones de Sarcey preguntando: «¿Qué vienen a hacer estas jóvenes al teatro? No pertenecen a la vida de la escena El teatro es solamente para los hombres y mujeres que conocen la vida humana.»

*
* *

«Indudablemente que entre la gran mescolanza de orígenes y razas que nos envuelve, parece imposible descubrir algo o alguien genuinamente norteamericano. Sin embargo, es posible. Todos señalamos a Franklin como el norteamericano del siglo décimooctavo y a Lincoln como el norteamericano del siglo décimono. Y la mayor parte de nosotros estaremos acordes en que Mark Twain (1) era tan norteamericano como cualquiera de los nombrados.» Esto dice G. Bradford hablando del famosísimo escritor que ha sido comparado con Molière, con Voltaire, con Swift, con Shakespeare y con Cervantes.

Soy enemigo de las comparaciones, pues rarísima vez son justas; pero me parece muy acertada la afirmación cita-

(1) Seudónimo de Samuel Langhorne Clemens, de Florida, 1835—1910.

da, relativa al carácter netamente norteamericano de Mark Twain. Lo es en todo: en sus brillantísimas cualidades como en sus defectos. Voy a señalar uno de éstos: la frecuente contradicción. Aquí van de muestra dos preciosos trozos:

«Soy indiferente casi a todo, con excepción del trabajo. Me gusta el trabajo, me hace feliz, y a ello me atengo. Trabajo *sin propósito definido*, sin ambición alguna, simplemente porque me agrada.»

«¡Si fuera pagano, erigiría una estatua a la Energía y caería a sus pies y la adoraría! Querría que el hombre *vos* eligierais una *línea de conducta* y la *siguierais*, a despecho del mismísimo demonio».

El amor a la actividad constituye el bello fondo de ambos trozos; pero el «sin propósito definido» y la «línea de conducta» son contradictorios.

Soy enemigo de las comparaciones, pero voy a contradecirme yo también haciendo una, sugerida por los trozos mismos que Bradford copia en su interesante estudio (1) acerca de Mark Twain.

(1) *The Atlantic Monthly*, abril de 1920.

Cuando este último se pone serio y triste, es a Proudhon a quien se acerca más; a mi juicio. Vea el lector y diga si tengo o no razón:

«Nacen miriadas de hombres; laboran, vierten el sudor de su rostro y luchan por el pan; se querellan, se acusan y riñen mutuamente; pelean por adquirir mezquinas ventajas el uno sobre el otro; la edad sigue su curso insidioso; succédense las enfermedades; humillaciones y vergüenzas echan abajo su orgullo y su vanidad; los seres amados desaparecen, y la alegría de la vida se torna en agudo sufrimiento. El peso del dolor, las privaciones y la miseria aumentan año tras año; al cabo muere la ambición; muere el orgullo; muere la vanidad; sólo son reemplazados por el ansia del descanso. Llega éste al fin: es el único don sin ponzoña que la tierra les ofrece; y desaparecen a su vez de un mundo del cual no constituían parte de significación, en el cual nada han realizado, donde han sido un error, un desastre, una insensatez; donde no han dejado huellas de que existieron; mundo que los llorará un día, olvidándolos luégo para siempre».

«¡Vejez, conjunto de blancos cabellos, de templos vacíos, de ídolos caídos, de adoradores muertos! Nada queda sino tú, un resto, una tradición, tardío desenlace de un sueño insensato, sueño tan ingeniosamente entretejido que parecía real; nada queda sino tú, centro de una siniestra desolación, en la cumbre del vértice helado, contemplando las etapas del largo camino y preguntándote a tí misma: «¿Lo harías de nuevo, si tuvieras la oportunidad?»



«Un Dios que tiene la facultad de crear hijos buenos con tanta facilidad como malos y prefiere, no obstante, crearlos malos; que podía hacer felices a todos y, sin embargo, nunca ha hecho feliz a nadie;... que preconiza la justicia y ha inventado el infierno; que preconiza la piedad y ha inventado el infierno; que preconiza la Regla de Oro y habla de perdón multiplicado setenta veces por siete, y ha inventado el infierno; que habla a los otros de moral y no la observa; que contempla ceñudo el crimen y, sin embargo, lo comete en todas formas; que creó al hombre sin consultarle y luego arroja la responsabilidad de los actos humanos sobre el hombre, en vez de adjudicarla a quien corresponde, a él mismo; y que, finalmente, con absoluta idiotéz divina invita a este desgraciado y defraudado esclavo a venerarle.»